
Nuestro Dios se revela

En cierto sentido importante, Dios no puede pasar desapercibido. Su existencia misma resulta en revelación. Puesto que Él es creador por naturaleza, la creación misma revela a su Creador. Nuestra propia existencia como criaturas es una prueba de la creación.

Hace algunos años tuve la emocionante oportunidad de entrar en la Capilla Sixtina del Vaticano, y de admirar los maravillosos frescos que están pintados en su bóveda. Cuando estuve allí, prácticamente sobrecogido de admiración, me pregunté cómo podía persona alguna haber realizado tal obra de arte, pero *¡no* tuve la más mínima duda de que alguien la había realizado! La presencia de aquellas hermosas pinturas era prueba concluyente de que alguien las había pintado. También observé indicios del carácter del artista en aquella maravillosa exhibición. Pude comprobar que la obra tomó un larguísimo tiempo completarla. Se requirió de gran paciencia (el equivalente aproximado a cuatro años y medio de trabajo). Había indicios de una excepcional destreza. La obra mostraba señales de un magnífico conocimiento de la percepción y la proporción. Era obvio que fue necesaria cierta dosis de energía física. En resumen, no sólo había llegado a la inevitable conclusión de que la habilidad artística exigía la existencia de un artista; la obra maestra también me informaba acerca de ciertas cualidades del consumado maestro.

Así es con la creación. Ella es una magnífica revelación general de Alguien. En la revelación general de la creación, podemos discernir más que el «solo» hecho de la existencia del Creador. También podemos observar algo del «carácter»

del Creador. Un ejemplo de ello es la siguiente observación hecha por David, quien ya era un devoto creyente en Dios: «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento la obra de sus manos» (Salmos 19.1). David percibió la gloria de Dios en la obra de las manos de éste. Hoy día, nos maravillamos de la inmensidad del universo, y de la precisión con la que nuestro sistema solar funciona. De hecho, dependemos de este preciso orden cada vez que le echamos una mirada a nuestros relojes y calendarios. Sabemos del orden del día y la noche, y del comienzo y fin de las estaciones. Los astrónomos nos informan de la posición de los planetas que orbitan alrededor de nuestro sol, y de los lugares en los que ocurrirán eclipses sobre nuestra tierra cuando todavía falta mucho para que lleguen a ocurrir. Sí, algo conocemos de la gloria, la grandeza y el orden del Creador al estudiar Su creación.

En otro sentido importante, Dios está encubierto. Vemos en la creación la *realidad* de un Creador, e incluso ciertos «rasgos de carácter» del Creador. No obstante, la creación por sí sola no nos informa acerca de *quién* podrá ser ese Creador, del mismo modo que los frescos de la Capilla Sixtina no me informaron acerca de quién fue la persona que los pintó. Me enteré de que fue Miguel Ángel el que los pintó, no cuando los observé, sino cuando leí y estudié acerca de la historia del arte italiano durante el período del Renacimiento pleno. Del mismo modo, descubrimos quién fue el que creó el universo, nuestro mundo, y quién nos creó a nosotros cuando leemos y estudiamos la Biblia, la revelación especial de *Dios*. En la Biblia descubrimos que *Él* es el gran arquitecto. Ni usted ni yo

podríamos saber quién es el Creador, sin la ayuda de las Escrituras.

Esta es la razón por la cual hemos tenido el cuidado de utilizar la Biblia en nuestro estudio de Dios. Nos ha sido de ayuda la revelación general (la naturaleza) para verificar la *realidad* de un Creador, e incluso algunos de los atributos de ese Creador, pero hemos acudido a las Escrituras para identificar a ese Creador como el Dios de la Biblia. También estudiamos Sus poderosos hechos como una revelación de sí mismo en la historia de Su pueblo. No obstante, la importancia de esta intervención en la historia estuvo basada en Su naturaleza moral. Esta gran verdad proviene de la Biblia —no de hechos aislados Suyos. Por lo tanto, tenemos a un Dios oculto y a un Dios revelado. Él está oculto en la medida que no se revele en la naturaleza (la creación) y en la Biblia, y esto, solamente en la medida que Él lo determine.

REVELADO EN SU COMUNICACIÓN

La Biblia muestra a Dios revelándose de un modo personal. Él le habló a Abraham, a Isaac, a Jacob, a Moisés, a Samuel, a Natán, a Ezequiel, etc.¹ Esta comunicación se produjo con el fin de dar a conocer Su voluntad. Él quería que Su pueblo fuera guiado correctamente. Esto supuso más que hechos históricos. Un fundamento lógico para Sus acciones en medio de ellos y Su relación con ellos fue de primordial importancia en Su revelación. Por lo tanto, Sus hechos y Sus palabras se combinaron para presentar a un Dios que brinda protección, cuidado, guía y reconciliación. La revelación de Su voluntad surgió de ese contexto.

REVELADO EN SU PACTO

El pacto, con todas sus ramificaciones, fue la principal muestra del interés de Dios en ellos. Ese pacto no fue percibido por el pueblo a través del estudio de la naturaleza, ni del análisis de la historia, ni de haber tomado prestadas secciones de códigos legales contemporáneos de naciones vecinas.² Les fue dado por Dios directamente, comenzando con las «diez palabras» dadas a Moisés en Sináí.³

¹ Génesis 13.14; 26.2; 28.13; Éxodo 6.2, 8; 1 Samuel 3.10; 2 Samuel 7.4; Ezequiel 3.22.

² James B. Pritchard, ed., "The Middle Assyrian Laws" («Las leyes de la Asiria media»), in *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*, 2d ed., trans. F.G. and Theophile J. Meeke (Princeton, N.J.: Princeton University, 1955), 180–88.

³ Esto es, la frase hebrea *sereth haddbarim* significa «las diez palabras»; la frase griega (LXX), *hoi deka logoi*, significa «las diez palabras», o «Decálogo».

REVELADO EN SUS HECHOS Y PALABRAS

Dios continuó el proceso de la revelación de sí mismo a Su pueblo, a través de las edades, mediante Sus hechos y palabras. Sus hechos revelaron Su poder. Sus palabras, las cuales dieron los motivos para tales hechos, les fueron reveladas *a ellos*.⁴ Todo esto fue escrito con el fin de que generaciones posteriores se beneficiaran.⁵ Al pueblo se le amonestó en el sentido de apegarse estrictamente a lo que estaba escrito, sin añadirle ni quitarle a ello.⁶

Los hechos y palabras, a través de los cuales Dios se reveló, fueron necesarios para la relación entre Él y Su pueblo. Si Él no se hubiera manifestado mediante Sus hechos, ellos no habrían conocido Su poder. Si no hubiera hablado, no habrían conocido Su voluntad. Si Su «historia de salvación» no se hubiera escrito, no la habrían recordado. Si no la hubieran recordado, se habrían separado de Él. No es de sorprender que uno de los grandes líderes de ellos dijera:

... Jehová es mi roca y mi fortaleza, y mi liberador; Dios mío, fortaleza mía, en él confiaré; Mi escudo, y el fuerte de mi salvación, mi alto refugio; Salvador mío; de violencia me librate (2 Samuel 22.2–3).

REVELADO EN LOS PROFETAS

La más grande y completa revelación de Dios todavía estaba por producirse. Los profetas de Dios fueron un importante canal, por el cual Su voluntad y Sus propósitos fueron revelados. Cuando todavía vivían bajo el pacto sinaítico, ellos hablaron de un nuevo pacto que estaba por venir. Jeremías describió este pacto —su origen, su naturaleza, y sus resultados beneficiosos para aquellos que lo recibieran:

He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto; ... Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce a Jehová; porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande, dice Jehová; porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado (Jeremías 31.31–34).

⁴ Arnold B. Rhodes, *The Mighty Acts of God (Los poderosos hechos de Dios)* (Richmond, Va.: CLC Press, 1964), 12–13.

⁵ Deuteronomio 31.24; Josué 1.8; Nehemías 8.13–14; Isaías 30.8; Jeremías 30.1–2; etc.

⁶ Deuteronomio 4.1–2; Proverbios 30.5–6; Marcos 11.17; Apocalipsis 22.18–19.

De entre los profetas de Dios no había ninguno que se comparara con Moisés —excepto uno (Deuteronomio 34.10–12). Moisés habló de un profeta que vendría, el cual sería como él. El pueblo debía atender a este profeta explícitamente, pues él hablaría las palabras de Dios (Deuteronomio 18.15–19).

REVELADO EN SU HIJO

Este profeta fue después identificado como el Mesías sufrido, Jesús (Hechos 3.17–26), el Justo al que se le dio muerte (Hechos 7.52–53). Antes de ser crucificado, Él se reunió con Sus apóstoles para comer la Pascua. Mientras comían Él les dio un nuevo significado al pan y a la copa. Esto fue lo que dijo del pan: «Tomad, comed; esto es mi cuerpo». Esto fue lo que dijo de la copa: «Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados» (Mateo 26.26–28; Marcos 14.22–24; Lucas

22.19–20). A través de Su sacrificio, Él llegó a ser el Mediador de un nuevo y mejor pacto. Él anuló el primer pacto, al mismo tiempo que les proporcionó un medio de redención a los que habían vivido fielmente bajo el antiguo pacto (Hebreos 8–10).

Este Jesús de Nazaret es la suprema revelación de Dios. Él fue identificado como aquel, al cual el profeta Isaías llamó «Emanuel», que significa «Dios con nosotros» (Isaías 7.14; Mateo 1.20–23). Por lo tanto, la relación de revelación de Dios con Su pueblo, llegó a su culminación en la persona de Jesús, Su Hijo.

En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo (Efesios 1.7–9). ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados